

ria la risa tanto de los cristianos como de los que no lo son! Si conociéseis el corazon humano, sabríais que no se forman sectas religiosas con opiniones sino con creencias; pero estas creencias no está en vuestra mano establecerlas. Dejados pues; todos vuestros sistemas jamas producirian mas que en unos un funesto ateismo, y un deismo inútil en otros; en el pueblo supersticiones extravagantes, confusion por todas partes, y en ninguna la verdadera libertad. ¡Desgraciada la Francia, desgraciada la Europa si confiase en vuestras luces! se arruinaria la sociedad. Pero no quiero entregarme en esta parte á tristes pensamientos: la religion ha triunfado siempre de sus enemigos, y seguirá triunfando de ellos para la felicidad del género humano; venció á los perseguidores y á los bárbaros; aun le resta conseguir una victoria nueva y mucho mas difícil; aun tiene que vencer á los sofistas. Quiera el Dios de Santa Clotilde y de San Luis, de Luis el Mártir y de Santa Isabel concederle este nuevo triunfo, y salvando la religion entre nosotros, salvar con ella la monarquía.

SOBRE

EL SACERDOCIO CRISTIANO.

Hoy, señores, vamos á tratar de un asunto en que se interesa vivamente la religion, y aun podemos decir la sociedad entera, si es cierto que entre ambas existen relaciones íntimas y necesarias, como pensó indudablemente el célebre Publicista que ha dicho estas palabras tantas veces repetidas: „¡Cosa admirable! La „religion cristiana que parece no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en la presente (1).” Hoy vamos á defender ante vosotros la causa del sacerdocio, á vindicarlo de las calumnias y de las invectivas de sus enemigos, y á presentarle tal como es en sí á aquellos que sin aborrecerle no tienen de él ideas bastante exactas, ha-

[1] Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XXIV, cap. III.

ciendo ver á todos que el estado mas santo á los ojos de la religion es tambien el mas útil á los de la razon. Al concebir el proyecto de defender ante vosotros con firmeza el sacerdocio cristiano, hemos debido prever que nuestro celo en esta materia podria parecer sospechoso é interesado, y que acaso se nos acusaria de dejarnos llevar en esta parte de preocupaciones de nuestro estado y de nuestra educacion; ¿pero deberia detenernos semejante temor? No ciertamente; cuando la verdad está de nuestra parte y tenemos la dulce esperanza de hacerla conocer á todos los entendimientos rectos, ¿qué pueden importarnos los discursos de hombres inconsiderados? La preocupacion pasa, pero la verdad permanece. En las diferentes profesiones en que se divide la vida humana conviene que cada uno hable de la que ejerce, porque es la que mejor debe conocer. A un Turena correspondia escribir sobre el arte militar, á un D'Aguesseau sobre la magistratura, y á Massillon sobre el sacerdocio. Y en efecto, ¿quién mejor que el ministro de la religion conoce la excelencia de sus funciones y todo su influjo en los corazones, en la paz de las familias, y en la tranquilidad pública?

Es cierto que la apología mas victoriosa del

clero debe ser su misma conducta: por consiguiente á él es á quien principalmente corresponde por medio de una vida irreprochable tapar la boca á sus enemigos; pero cuando un filosofismo engañoso ha aparentado demasiadas veces desconocer las virtudes de unos; cuando ha exagerado los defectos de otros, prevaliéndose para desacreditar el sacerdocio de los vicios deshonorosos de muchos de los que han estado revestidos de él; cuando tantas veces han sido pintados los sacerdotes como corruptores de las conciencias, ó como hipócritas que por su interes abusaban de la credulidad pública; y consignadas todas estas acusaciones en los escritos de la clase superior de nuestros pensadores han sido repetidas por todos los ecos de la literatura, llegando de este modo por todas partes hasta los oídos del pueblo; ¡cuántos gérmenes de odio, cuántas preocupaciones no han debido esparcirse contra el estado sacerdotal! ¿Y no deberémos, sin por esto querer revindicar en su favor privilegios temporales que no le corresponden por institucion divina, procurar hacerle recobrar aquel grado de aprecio y de consideracion que nunca perderá sino en detrimento de la religion, y por consiguiente para la desgracia de los pueblos?

Hoy que los largos y crueles infortunios de la Iglesia de Francia deben al parecer inspirar hácia ella un interes mas tierno, ¿podrá creerse exento de toda pasion aquel que rehuse escuchar con la calma de una atencion benévola á un sacerdote defensor del sacerdocio? ¿No deberia yo ver en semejante aversion tan poca justicia como poca filosofia? ¡Ah señores! ¿Somos acaso nosotros como bárbaros en medio de vosotros? ¿Forman por ventura los sacerdotes una colonia de extrangeros introducidos en el seno de la Francia por violencia ó por engaño? ¿No son los hijos, los hermanos, los parientes y los amigos de los demas franceses? ¿No les habeis debido á ellos un grandísimo número de vosotros la primera educacion? ¿Cuántos no habrá en este numeroso auditorio unidos por los vínculos de la sangre y de la naturaleza, por el reconocimiento y la amistad á individuos del clero que por sus dignidades, sus talentos, sus virtudes ó sus servicios han sido el apoyo, la gloria y el consuelo de sus familias! Al tratar, señores, de hacer el elogio del sacerdocio, y de celebrar las virtudes de los que han sido su ornamento, no callaré los vicios de los que han sido su oprobio: diré la verdad sin exageracion, pero con firmeza; y oponiendo á sofismas la

recta razon, á las declamaciones del odio las reflexiones de la buena fe, y hechos positivos á vagas alegaciones, haré ver, y de ello espero convenceros, que el sacerdocio de la religion cristiana es la institucion mas favorable á la humanidad de cuantas el mundo ha conocido; expondré primeramente su utilidad, y en seguida examinaré las acusaciones que contra él se hacen.

Si yo me propusiese considerar el sacerdocio por su lado mas sublime, diria que el sacerdote, como sacrificador de la nueva ley, está destinado á ofrecer aquella víctima inefable que por su dignidad misma tributa á la infinita magestad homenages dignos de ella, y que apaciguando el cielo, hace bajar su bendicion sobre la tierra: diria que como depositario de los favores divinos los dispensa á todas las edades, santificando al niño en la cuna igualmente que al anciano á orillas de la tumba: diria que como embajador de Jesucristo está destinado á llevar su Evangelio entre los reyes y los pueblos, á formar en todas partes adoradores de Dios en espiritu y verdad, y por último que como un nuevo Moises debe conducir por entre los desiertos del mundo presente á un pueblo de verdaderos Israelitas que empieza su peregrina-

nacion en esta vida de inteligencia y de amor que ha de consumarse en la eternidad. Tales son las ideas que los libros santos nos dan del sacerdocio; y á la verdad, señores, lo diré como de paso, cualquiera conoce que si está al arbitrio de los hombres empobrecer y perseguir un ministerio tan sublime, de ningun modo está en su poder degradarle ni envilecerle. Voy sin embargo á considerarle únicamente bajo del punto de vista mas accesible á nuestra débil humanidad; quiero decir, en sus relaciones con los intereses de la vida presente. ¿Y qué es el sacerdocio así considerado? El sacerdocio así considerado es un ministerio de celo universal, generoso y heróico; un ministerio que se extiende á todas las necesidades del hombre, y que no eleva á los sacerdotes sobre todos los demas por su dignidad, sino para hacerlos los servidores de todos por la caridad. El ministro de la religion, cristiano para sí mismo y sacerdote para los demas, es por su estado y vocacion especial el hombre de Dios sobre la tierra, y está destinado á hacer bien á sus semejantes, procurando hacerlos mejores para hacerlos mas felices: sus dos cargos son dedicarse á instruirlos en la virtud y aliviarlos en sus males, y su mayor triunfo seria morir victima de su celo.

He dicho en primer lugar que nuestra mision es para instruir. En efecto este es uno de los dos grandes cargos del sacerdocio, y este es tambien el que constantemente ha desempeñado desde que Jesucristo le fundó para bien de la humanidad. Para convencernos de ello veamos qué espectáculo presentaba el mundo entero ántes de la fundacion del cristianismo, y le hallaremos lleno de ignorantes á quienes era necesario instruir, y de hombres viciosos y perversos á quienes era preciso atraer á la virtud. En efecto, señores, la idolatría era el reinado del vicio, no ménos que el del error: ¿y qué remedio habia para curar el entendimiento humano de llagas tan profundas y de enfermedades tan inveteradas? ¿Quién podria curar tantos males? ¿Podrian curarlos los filósofos? No: ya los mas hermosos ingenios habian ilustrado Roma y la Grecia; ya Sócrates habia muerto como un sabio; ya Platon habia hablado en aquel language por el que se le dió el renombre de divino, y ya Ciceron habia escrito un hermoso código de moral; pero no por eso dejaba de cubrir el universo la nube de la idolatría con todas las supersticiones, y todos los vicios monstruosos que produce. ¿Podrian acaso los oradores y los poetas? Tampoco; demasia-

do frecuentemente celebraban el vicio y los deleites, y lejos de destruir los errores populares, los acreditaban con sus obras. ¿Y qué podían tampoco hacer los sacerdotes del paganismo? Podrían presidir la pompa de las fiestas, decorar los templos de los falsos dioses, é inmolar víctimas en honor de estos; pero muy frecuentemente se prestaban á cosas licenciosas y bárbaras; y lejos de curar los entendimientos de sus supersticiones, los alimentaban con ellas, y además ningún imperio tenían sobre las almas para desarraigar de ellas los vicios y hacer brotar las virtudes. Pero viene Jesucristo, y al fundar una ley nueva, establece también un sacerdocio para perpetuarla, nombrando á S. Pedro por jefe supremo de la Iglesia naciente, y dándole la primacía de jurisdicción sobre los demás; pasa el apostolado de sus primeros discípulos á sus sucesores, y he aquí el principio de esa cadena de pontífices, de obispos y de sacerdotes que de generación en generación y de siglo en siglo han llegado hasta nosotros. Sí, señores, á los apóstoles y á los herederos de su misión, esparcidos de edad en edad en medio de las naciones, es á quienes corresponde la gloria de haberlas ilustrado. Si el mundo romano, si los pueblos civilizados ó bárbaros que no estaban

sugetos á su dominio, si nuestra Europa en particular han salido de las tinieblas del paganismo, no deben la luz á filósofos, á oradores ni á legisladores; la han debido á obispos y á sacerdotes. Tampoco los pueblos antiguos, así como los del Nuevo-mundo, se han hecho ilustrados sino á medida que el Evangelio ha ido penetrando en ellos; y las Galias, para hablar de lo que nos toca más de cerca. estos países de que en el día se compone la Francia, vieron también huir la idolatría ante el Evangelio como la noche huye ante la claridad del día. ¿Pero de quién recibieron este Evangelio sino de aquellos ministros de Jesucristo que aparecieron en ellos hace ya diez y seis siglos? Aquí es preciso nombrar á un Pothin, á un Ireneo de Lyon, á un Trophimo de Arles, á un Dionisio de Paris, á un Saturnino de Tolosa, á un Austremonio de Clermont, y á un Martin de Tours, sin citar á otros muchos que á ejemplo de estos evangelizaron estas comarcas infieles, y para fertilizarlas las regaron con su sudor y aun con su sangre.

La obra comenzada por estos varones apóstolicos fué continuada y perpetuada hasta nuestro siglo por otros cuyas conquistas sobre la idolatría podría seguir con la historia en la ma-

no; pero sin necesidad de remontarnos á los tiempos pasados, ¿no bastará para apreciar el sacerdocio ver lo que hoy mismo sucede en el universo cristiano? En el seno de las ciudades y de las aldeas se encuentran sacerdotes ilustrados y caritativos, encargados de enseñar á los hombres las verdades mas importantes, y las únicas que son absolutamente necesarias. La clase mas indigente, la mas olvidada, la que desprecian el sabio y el rico, la que forma la inmensa mayoría de los pueblos, esa clase cuyas costumbres agrestes es tan necesario suavizar, y cuyas pasiones brutales es tan preciso contener, esa es á la que se dirigen mas especialmente la atencion y el cuidado de los sacerdotes. ¿Qué sería en efecto sin ellos de esas almas groseras privadas de toda educacion religiosa? ¿Qué idea se formarían de Dios, de la Providencia, de la vida futura y de todas las máximas fundamentales que arreglan los deberes, en cuya práctica consiste la probidad y la buena fe, y son por consiguiente la mejor salvaguardia de las virtudes domésticas y civiles? La verdadera educacion del pueblo es la religion, y sus verdaderos maestros son los que por su estado estan encargados de enseñársela, y que saben el modo de hacérsela amar y practicar. Apé-

nas los rayos de una razon naciente iluminan á los niños, se les conduce ya á nuestros templos: la santidad del lugar, el aparato de las ceremonias sagradas, los cánticos divinos, y la presencia respetuosa de los asistentes podrían por sí, solos hacer en ellos impresiones favorables; pero esto no basta, y si no se ilustrase de otro modo á la infancia, toda esta pompa sería nula para ella, é hiriendo solamente su vista, nada diría á su corazón. El sacerdote hace penetrar en sus almas nuevas aun las primeras nociones de un Dios, padre comun de todos los hombres, de su Providencia llena de bondad, y de esa vida futura en que han entrado ya nuestros padres: de ellas dimana la obligacion de adorar á Dios, de seguir su ley y de ser fiel á todos los deberes: ellas causan aquellas primeras impresiones de piedad, aquella delicadeza de conciencia que no permite obrar mal, aquellos remordimientos que se siguen al pecado, y aquel amor secreto á la virtud que se hace sentir aun cuando se la abandona. ¡Oh! cuan venerable es un pastor rodeado de niños, acogiéndolos con ternura á imitacion de Jesucristo, y humillándose hasta ellos para suministrarles la leche de la sagrada doctrina, interin se les distribuye un alimento mas sólido! Entre tanto, estas pri-

meras semillas de virtud crecen y se desarrollan con la edad, y el párroco continua dispensando á la edad mas avanzada la misma solícitud que ha dispensado á la infancia. De este modo, por medio del ministerio sacerdotal, se forman el buen padre, el buen hijo, el buen hermano, el amigo fiel y el hombre de bien, y las instrucciones del pastor llegan á ser un beneficio inmenso para la sociedad.

Poned en lugar de un párroco respetado un sabio del siglo, un filósofo tan hábil y elocuente como le queráis suponer, pero que no sea cristiano: ¿qué enseñará al pueblo? Si tuviese la desgracia de ser ateo ó materialista, enseñaría por necesidad, para ser consecuente, que Dios, la Providencia y la vida futura son quimeras soñadas por impostores; que el hombre no es mas libre en sus acciones que la piedra en su caída, y la planta en su vegetación; y que en realidad el bien y el mal son una invención humana. ¡Qué bellas máximas estas para hacer hombres de bien á nuestros labradores, á nuestros artesanos, y al pueblo de nuestras ciudades y aldeas! ¡Infelices almas las que tuviesen la desgracia de ser adoctrinadas por tales maestros! Sea, si quereis, deísta semejante doctor: y oconvengo en que entónces podrá sin ser inconse-

cuente hablar de Dios y de Providencia, de conciencia y de deberes, de vicio y de virtud; pero ¿en nombre de quién haria oír su voz y sus lecciones? ¿Cuáles serian los títulos de su misión, y que autoridad tendria su doctrina? No basta predicar una moral pura; el punto capital es darle imperio sobre el corazón, y hacerla pasar á las acciones. Siendo la filosofía humana tan incierta y tan vaga en sus opiniones acerca de lo futuro, ¿de dónde sacaria motivos que moviesen á practicar el bien en todas ocasiones, aun en las mas difíciles, y á ser fiel al deber aun á costa de la vida? ¿Adónde encontraría recompensas seguras para la virtud, y castigos indefectibles para el vicio? „Filósofo, „decia Juan Santiago [1], tus leyes morales son „hermosas; pero hazme el favor de mostrarme „su sancion.” ¡Qué inmensa distancia entre este y un párroco en su cátedra evangélica revestido de su carácter sagrado, apoyado en la fuerza de las tradiciones y en la autoridad de los siglos, hablando en nombre de Dios que se ha dignado revelarse á los hombres, y de la Iglesia que le ha investido de sus poderes! Escuchada por esto solo su palabra, como la palabra

[1] *Emil.* lib. IV, nota.

de Dios, será al mismo tiempo la luz que alumbré, el freno que contenga, y el apoyo que fortalezca. De este modo, mientras que la palabra del filósofo sería estéril en virtudes, y débil como el hombre de quien dimana, la del sacerdote es espíritu y vida como Dios mismo de quien deriva.

He dicho también que nuestra misión era la de aliviar los males de la humanidad. En efecto, desde que Jesucristo profirió estas palabras: *Bienaventurados los misericordiosos* [1], no ha cesado de animar á la Iglesia católica el espíritu de conmiseración para con los pobres y los desgraciados. Desde su mismo origen se le vió ya brillar en los abundantes socorros que los ricos prodigaban á la indigencia. San Pablo en sus viajes evangélicos recogía ya las piadosas liberalidades de los fieles para socorro de la Iglesia afligida de Jerusalén; y nadie ignora que los apóstoles se vieron obligados á descargar en otros ministros inferiores el cuidado de distribuir las limosnas. Los huérfanos, los niños abandonados, y sobre todo los hijos de los mártires, los confesores de la fe, los enfermos, los ancianos, todas las edades en fin, y toda espe-

[1] Matt. V. 7.

cie de infortunio eran objeto de la tierna solicitud de los pontífices y de los sacerdotes de la nueva ley; y era tal la caridad que estos supieron inspirar á los primeros cristianos, que, según refiere Tertuliano, esclamaban asombrados los paganos: „Mirad como se aman unos á otros.“ Su caridad se extendía en efecto hasta sus mismos enemigos, de tal modo que, devastando una peste cruel la ciudad de Alejandría en tiempo del emperador Valeriano, los cristianos no solo se dedicaban á la asistencia unos de otros, sino también á la de los paganos sus perseguidores. Nadie ignora tampoco lo que Juliano Apóstata decía á Arsaces, pontífice de los falsos dioses en Galacia, en una carta en que le exhortaba á seguir el ejemplo de los discípulos del Evangelio, quienes, estas son sus palabras, „además de alimentar á sus pobres, „alimentan también á los nuestros, al paso que „nosotros los dejamos carecer de todo.“ Pero cuando principalmente comenzó á desplegarse en todas partes del modo más asombroso el espíritu de una caridad compasiva, fué después que Constantino dió la paz á la Iglesia. Entonces se erigieron en todas las grandes ciudades, por el celo ó por el ascendiente de los ministros de la religión, asilos públicos para la indi-

gencia y la desgracia; y estos generosos ejemplos, desconocidos en el paganismo, fueron imitados en los tiempos posteriores por todos los pueblos en que se estableció el Evangelio. ¿Cuál es hoy en el mundo cristiano el país, la ciudad, aun de mediana poblacion, que no posea algun precioso monumento de la caridad cristiana? Y ¿quién ha sido, señores, por lo comun el que los ha fundado, dotado, arreglado, fomentado y sostenido? El celo de los sacerdotes. Os haré una reflexion que se hace poquísimas veces, pero que es muy á propósito para penetrarnos de todo lo que ha hecho y aun puede hacer el sacerdocio en favor de la humanidad. Bien conoceis esas sociedades de doncellas cristianas, que bajo de diversos trages y diversas denominaciones se consagran al alivio de los desgraciados, á la asistencia de los enfermos y á la enseñanza de las niñas de las clases indigentes: esas hijas de S. Vicente de Paul, de Santo Tomas de Villanueva, las hermanas de S. Mauro, las hermanas de Nevers, las hijas de la Cruz, las hijas de la Sabiduría, las hermanas de la Providencia, las religiosas de S. Miguel y otras muchas que no nombro: ¿no os confesais vosotros mismos conmovidos por el celo de estas heroínas de la caridad? ¿No os

regocijais de verlas esparcidas para la felicidad de vuestros semejantes por todas las provincias de este vasto reino, en términos que mirariais su ruina como una inmensa calamidad? Y bien, ¿quién ha fundado esas inapreciables sociedades? ¿Quién ademas las ilustra, las dirige y las sostiene? El sacerdocio. Quitad en efecto á su piedad la palabra de Dios, los santos misterios, el uso de los sacramentos, los consejos, los consuelos y los socorros espirituales que reciben de los ministros del altar, y la veréis perecer inevitablemente. ¡Qué ciegos son los enemigos del sacerdocio! Son, sin pensarlo, enemigos de la humanidad; pues no ven que si el sacerdocio llegase á extinguirse, se extinguiría al mismo tiempo con él cuanto consuela y alivia mas eficazmente la humanidad doliente.

Sin salir de esta capital, ved, señores, lo que pasa á nuestra misma vista. ¿De qué modo se han formado esas piadosas asociaciones, ya sea para proporcionar una educacion cristiana á los huérfanos y á los niños desamparados de las últimas clases del pueblo; ya para llevar socorro á esos pobres á quienes la vergüenza obliga, digámoslo así, á ocultar su miseria, y que son tanto mas dignos de compasion, cuanto desde mas alto han caido en el infortunio; ya

para dar libertad á esos hombres, mas desdichados que culpables, encarcelados por deudas; ya para atraer á mejores pensamientos á esos jóvenes sepultados en las cárceles, á quienes delitos precoces han hecho caer en manos de la justicia, y para prepararles un asilo donde manos sabias y puras los acostumbren al trabajo y á la virtud; sea para catequizar á á esas rústicas tribus de niños que salen de sus montañas y vienen á ejercer en esta capital un oficio grosero, pero útil; sea para visitar, asistir y consolar á los enfermos en los asilos de la miseria pública; sea para arrancar al vicio esas víctimas de la corrupcion, abandonadas á sí mismas en las casas de correccion; sea en fin para proporcionar dignos maestros á los hijos de los habitantes de los campos? ¿Cuál es, os pregunto, el alma secreta de estas obras santas? Subamos hasta su origen, y veremos frecuentemente que un simple eclesiástico fué quien concibió el plan, quien dirige su ejecucion, y quien á todo le da movimiento y vida.

De este modo el sacerdocio cristiano es como un manantial público de donde corren sin cesar aguas que llevan á todas partes la vida y la fecundidad. ¿A dónde se encontrará sobre la tierra un ministerio mas útil? Es ciertamente

laudable y útil que el guerrero se arme para la defensa de su patria, que el sabio se enriquezca con el fruto de sus vigilias y descubrimientos, y que el magistrado mantenga las leyes en vigor; pero á pesar de la fuerza, á pesar de la ciencia, y aun de la autoridad de las leyes, ¿qué sería del orden social sin la religion, y qué de la religion sin el sacerdocio que perpetúa su doctrina, que inspira sus sentimientos, y que hace practicar sus virtudes? Nosotros no defendemos el estado con las armas como el guerrero; pero como soldados de Jesucristo somos centinelas vigilantes sobre las murallas de la ciudad santa, con la trompeta evangélica en una mano para tocar alarma contra los escándalos y los vicios, que son la plaga de las costumbres y de las familias, y la espada de la verdad en otra para impugnar las malas doctrinas que se dirigen á hacer á los hombres malvados por sistema. Nosotros no enseñamos á los hombres, como el sabio, á conocer el curso de los astros, la estructura del globo, los animales que le habitan, ó las plantas que hermocean su superficie; pero enseñamos al pueblo á amar y á adorar al autor de todas estas maravillas: le enseñamos, en fin, la ciencia de sus deberes, que es la primera de todas las ciencias.